

hacer cara al militar más brillante de aquellos días, a Miramón, quien, de desacierto en desacierto, de error en error, a pesar del reconocimiento que a su gobierno daban ciertas potencias europeas, llegó a la acción inaudita de allanar la casa de un agente inglés apoderándose, por medio de este acto vergonzoso de bandolerismo, de la magnífica cantidad de seiscientos mil dólares, con la que, de momento, hizo frente a su situación desesperada. Ni así pudo vencer a la opinión reformista, extendida ya por todo el país en un anhelo auténtico de romper con todos los precedentes de la época independiente y, principalmente, con el militarismo bravucón y pendenciero.

Juárez, además de la legitimidad —reconocida por el gobierno de los Estados Unidos—, era a los ojos de los sufridos mexicanos el hombre nuevo que quería ampararse en la ley y no en la espada.

El último esfuerzo lo realizaron los conservadores en Calpulalmán (28 de diciembre de 1860). Vencidos, cedieron la capital mientras Miramón se retiraba resignado a La Habana.

Los reformistas habían conseguido al fin la victoria, pero México no alcanzaba todavía la paz; tras de tantos sufrimientos había de recorrer aún el calvario de la intervención.

## LA INTRIGA EUROPEA

Cuando en enero de 1861 Juárez se hizo cargo del gobierno de México, se consideró fuerte y con razón: había vencido a las fuerzas conservadoras, muy poderosas por la ayuda del clero, y con las cuales siempre había contado el país. Pero la victoria le obcecó al grado de no resultar capaz de comprender exactamente cuál había de ser la meta de sus resoluciones. Equivocación lamentable fué el desafío que lanzó a Francia y a Inglaterra cuando estas naciones reclamaron por los daños que la guerra había causado en sus súbditos. Las potencias habían puesto en manos del gobierno los bonos de la banca Jecker, y a Juárez, ya en la pendiente de las medidas radicales, confiado en su fuerza y orgulloso de su victoria, no se le ocurrió otra cosa que declararlos nulos y sin valor. Los representantes extranjeros comprendieron que al margen del valor intrínseco que las sumas representaban, aquel acto del hombre frío era una ostentación de desprecio. Y si el desprecio lo soportaban a la fuerza los mexicanos conservadores, no iban a tolerarlo España, Francia —esta última nación en aquel entonces en un renacimiento efímero— e Inglaterra.

La actitud de Juárez facilitó la intriga europea, una intriga que estaba latente desde hacía muchos años en las cortes transatlánticas, olvidada a veces ante los problemas inmediatos, pero siempre presente, ora por los recordatorios de los emigrados mexicanos, ora por delirios de grandeza y de dominio.

El radicalismo de Juárez iba, pues, a facilitar la gran aventura. Este radicalismo tuvo varias expresiones: supresión de privilegios, libre culto de todas las creencias, disolución de las órdenes religiosas, expulsión del arzobispo de México y de algunas altas dignidades de la Iglesia que durante la guerra habían favorecido la causa conservadora; expropiación de los bienes eclesiásticos, que representaron para el tesoro unos ciento setenta millones de pesos; entrega de pasaportes al ministro español Pacheco... Lo bueno y lo malo de la época colonial desaparecía entre los suspiros de añoranza de los conservadores y las ansias de algo nuevo, impreciso e indefinible, de los reformistas, presos en la gran vorágine de una victoria deslumbrante.

Los emigrados que desde Europa, observatorio cómodo y nada peligroso, seguían los trastornos de México, no dejaban de aprovechar los acontecimientos trágicos de su patria, a fin de presentarlos como un mal sin posible remedio; la única manera de atajar las calamidades, de retornar al sosiego, era implantar en México una monarquía de tipo europeo y con un príncipe de una casa reinante en el Viejo Mundo. Uno de los mexicanos más interesados en el proyecto monárquico era José María Gutiérrez Estrada. Desde 1840, a raíz de publicarse una declaración sobre los beneficios que a su país reportaría una testa coronada, iba de corte en corte por Europa buscando personas influyentes que se interesaran por su plan, expuesto en el folleto que vió la luz en México y que ya en aquel entonces interesó al barón Alleye de Ciprey, embajador de Francia en México. Quizás alentado por las felicitaciones del diplomático se trasladó a Francia e hizo proposiciones al gobierno, que no fueron aceptadas. Gutiérrez Estrada, de escasa capacidad pero de constancia ejemplar, sondeaba entonces al gobierno inglés y conseguía entrevistas, de

resultados negativos, con el ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña y con el príncipe Metternich de Austria. Este último pareció, o simuló, interesarse en las fantasías de Gutiérrez Estrada hasta el extremo de pedir una memoria escrita de todo lo expuesto a fin de estudiar el asunto detenidamente. Gutiérrez Estrada aprovechó esta oportunidad no sólo para presentar al príncipe las ventajas que a su patria iba a reportar el establecimiento de una monarquía, sino para halagar a Metternich: "La fama de su nombre —escribía— es tan grande que ¿quién sería más llamado que V. A. para tomar la iniciativa cuando se trata de defender los mismos principios conservadores en política y en religión que han extendido su renombre? Sea usted, príncipe, el protector de México. Dígnese ayudarle con el prestigio de su poderosa patria, a la cual, la mía, ahora en ruinas, perteneció un día como una de las más preciadas joyas de la corona de Carlos V". No faltaba la alusión a la dinastía austríaca ni tampoco el espantajo de Norteamérica, en aquel entonces recelo de los conservadores europeos: al no interesarse por la suerte de México iba a favorecer el "engrandecimiento de la ambiciosa república norteamericana". Metternich, a pesar de su conservadurismo, no se dejó arrastrar por el informe incoherente, ampuloso y demasiado extenso de Gutiérrez Estrada y contestó en un tono que en lenguaje diplomático equivalía a una negativa. Gutiérrez Estrada, no obstante, insistió, y haciendo suyo uno de los argumentos de Chateaubriand, hizo presente al canciller austríaco el peligro de que las ideas democráticas de los Estados Unidos se extendieran por Europa. Para evitar esta influencia era necesario, indispensable, mandar príncipes europeos a reinar en las antiguas colonias hispanas. He aquí la semilla de la intriga.

Para Gutiérrez Estrada, aguardar no era problema. Esperó la oportunidad y ésta presentóse unos cuantos años

más tarde cuando en Roma, donde residía, recibió poderes del presidente Santa Anna para buscar en las cortes de España, Francia, Inglaterra y Austria un rey para México. Santa Anna —ya hemos hablado de ello—, impotente ante el número de sus adversarios, había acudido a la solución monárquica como a otro ardid cualquiera, pero a Gutiérrez Estrada le pareció muy buena la oportunidad para intervenir de nuevo, esta vez con el arma magnífica de unos poderes que le investían de una autoridad de que hasta entonces había carecido. Y se puso a intrigar de nuevo, con más fuerza, y a insistir en el plan que acariciaba desde hacía tantos años.

En este momento aparece otro personaje mexicano. Estamos en el año de 1854. En la embajada de México en Londres figura, como segundo secretario, un joven de antigua y noble ascendencia española. Delgado, fino en sus modales, simpático, Manuel Hidalgo ha de ser el colaborador más entusiasta y fiel, junto a Gutiérrez Estrada, de los proyectos monárquicos. Por indicación de Gutiérrez Estrada, Santa Anna le nombra primer secretario de la embajada en Madrid, en donde habrá de desarrollar sus planes al margen del embajador, quien no conoce el proyecto del ministro de Relaciones de México, confiado tan sólo, y secretamente, a Hidalgo. El momento es propicio. Al frente del gobierno español está el conde de San Luis y, como siempre que el elemento ultraconservador se ha apoderado de la dirección del Estado, las primeras lágrimas son para las viejas colonias perdidas y los primeros delirios para recuperarlas.

Hidalgo habló con el Presidente del Consejo, y quién sabe si se hubiera llegado al plan descabellado de una acción armada semejante a la de Barradas, si la revolución no hubiese hecho huir al extranjero al conde de San Luis y hundidos con él, por lo menos momentáneamente, los proyectos monárquicos españoles.

Si los primeros pasos de Gutiérrez Estrada fueron detenidos por el destronamiento de Luis Felipe y por la convulsión que suprimió la influencia de Metternich en Austria, esta segunda etapa de la intriga se cerraba con la revolución española de 1854. Para colmo de dificultades, en 1855 Santa Anna caía ante la constancia de Comonfort y la República mexicana tenía posibilidades de consolidarse. Era necesario esperar. Mientras tanto se podía sondear a Francia por si acaso los proyectos monárquicos alcanzaban a interesar. Había una circunstancia favorable: las relaciones entre España y México se habían roto y ambos países pensaron formalmente en la posibilidad de una guerra. Hidalgo abandonó entonces España y trasladóse a París.

El motivo de la querrela —o, por mejor decir, el pretexto, ya que algunos gobiernos españoles nunca abrigaron buenas intenciones para México— fué la denuncia del tratado sobre la deuda de México a España, estipulada en un convenio firmado en 1853 y que se anunció como susceptible de ser revisado apenas Guillermo Prieto se hizo cargo de la cartera de Hacienda, después de haber sido derrocado Santa Anna.

La inexperiencia política de México le hizo contraer el compromiso (17 de julio de 1847) de reconocer la deuda que pesaba sobre las cajas de Nueva España en el momento de conseguir la independencia, deuda que se dejó en olvido por parte de España durante la guerra que sostuvo México con los Estados Unidos. Hecha la paz, y en el momento menos oportuno, España insistía nuevamente, conociendo de antemano la imposibilidad de una resolución definitiva. Se convino en una reforma por la que se intentaba poner fin a la enojosa cuestión, que era un verdadero caos, y a que, como escribe un distinguido erudito mexicano, "entre los acreedores del gobierno hubo

compatriotas sin conciencia ni dignidad que llegaron al extremo de mezclar sus cobros con los de los extranjeros”<sup>1</sup>.

Inglaterra, por su parte, también reclamaba e incluso —cosa peor— amenazaba si no obtenía las reparaciones que exigían sus súbditos y que consideraba justas. Pero cualquier convenio resultaba impracticable, no por mala voluntad sino porque los gobiernos se sucedían rápidamente y los nuevos ministros de Relaciones desandaban lo andado por sus predecesores.

En 1851, José Fernández Ramírez, del gabinete de Mariano Arista, llegó a formular, no sin grandes dificultades, un arreglo con España, despreciado poco después por Daniel Díez de Bonilla, ministro de Relaciones de Santa Anna. El embajador español, agotada su paciencia, y quizás con intenciones de provocar el conflicto, amenazó con abandonar el país; ante tal decisión, se iniciaron nuevas negociaciones que dieron por resultado el convenio de 1853 (12 de noviembre), en gran parte igual al de 1851. Y sucedió lo que era ya inevitable: el estudio minucioso de la deuda dió por resultado el descubrimiento de créditos falsos, la protesta de México y la contraprotesta de España, todo ello rematado con la decisión de Guillermo Prieto de renovar otra vez el acuerdo. Se sucedieron los embajadores y los ministros de Relaciones (Melchor Ocampo, Miguel María Arrijoja); España insistía en su reclamación y México en un nuevo estudio de los créditos, hasta que por fin se llegó a un nuevo acuerdo, que no autorizó el gobierno español. Ello no equivalía sólo a desautorizar a su embajador, sino a un espíritu de intransigencia en el que no eran difíciles de apreciar los mal disimulados deseos bélicos.

<sup>1</sup> GENARO ESTRADA: *Juan Prim y su labor diplomática en México*. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1928. Página X.

Un nuevo pretexto acentuó la tirantez entre España y México. Unos bandidos (18 de diciembre de 1856) asaltaron la hacienda de San Vicente, cerca de Cuernavaca, y dieron muerte a cinco españoles. El ministro de España aprovechó el incidente para mandar una nota al gobierno y señalar un plazo de ocho días para aprehender y castigar a los criminales, en la inteligencia de que si no se le llegaba a dar esta satisfacción se retiraría de México dando por rotas las relaciones diplomáticas. El resultado fué que el embajador, en la fecha anunciada, con la protesta del gobierno de México, abandonó el país. Inútilmente se buscó una solución; tiempo perdido fué el empleado en España por José María Lafragua para un arreglo; España deseaba intervenir y no desaprovecharía aquella oportunidad magnífica, tanto más cuanto que el suceso había cobrado ya categoría de ofensa nacional.

México, ante el peligro de una guerra, sumó sus fuerzas con solidaridad ejemplar: no hubo bandos, sino hombres dispuestos para la lucha.

En 1858 aparece otro mexicano que, junto con Hidalgo y Gutiérrez Estrada, ha de favorecer la intervención. Es Juan Nepomuceno Almonte, hijo de Morelos y de Brígida Almonte, diplomático y soldado, ayudante de Santa Anna en la guerra de Texas, inconstante, ambicioso de la silla presidencial y militante unas veces en el campo republicano y otras en el monárquico.

Cuando cayó Comonfort, el gobierno conservador designó a Almonte, en aquel entonces ministro de México en Francia, para arreglar las diferencias con España, y le dió instrucciones para que se atuviera a la convención de 1853 y prometiera el castigo de los asesinos de los españoles y la indemnización a las familias de las víctimas. De ahí nació el famoso tratado Mon-Almonte, firmado en París el 27 de septiembre de 1861 y considerado como una gran ofensa para los mexicanos e inaceptable por la

humillación que implicaba. Juárez, naturalmente, no sólo lo desaprobó, sino que declaró traidor a Almonte y facilitó los pasaportes al ministro Pacheco, representante de España ante el gobierno reaccionario de México. España, a pesar de su pretendida imparcialidad en la guerra civil mexicana, no dejó de alentar a los conservadores, que no en vano habían sido sus antiguos aliados en la guerra contra la independencia.

La triste suerte del tratado Mon-Almonte exasperó los ánimos, ya de por sí belicosos, de algunos españoles dispuestos a intervenir en México aunque fuera aisladamente de las otras potencias europeas. Había también una secreta esperanza de parte de España, que era la de prolongar la guerra civil y acentuar las dificultades de México para que éste se viera obligado a pedir "una de estas dos cosas: o a don Juan de Borbón, primo de la reina, para rey, o el protectorado de España"<sup>1</sup>.

Se había llegado al límite; la expulsión del ministro Pacheco no resultó otra cosa que un pretexto; las mismas historias españolas consideran que O'Donnell apreciaba que la ocasión era propicia, después de las victorias de África, para "reclamar los daños causados a España desde la independencia"<sup>2</sup> y aun se precisa en algunos textos que llegó a recrearse en la popularidad que había de brindarle una empresa belicosa contra México.

Cuando Hidalgo marchó desde Madrid a Francia junto con los otros miembros de la embajada mexicana, presentósele una nueva oportunidad, muy favorable, y que nunca hubiera podido sospechar que llegara a tener tanta influencia: era su amistad con la emperatriz Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, a quien había conoci-

<sup>1</sup> *El Tratado Mon-Almonte*. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1925. Pág. XXIV.

<sup>2</sup> Modesto LAFUENTE. *Ob. cit.* Tom. XIX. Pág. 274.

do y tratado en España, de donde era originaria aquella mujer, que gozaba la envidiable fama de ser la más bella dama de Europa. A pesar de su belleza, el imperial esposo le era infiel y Eugenia intervenía en los asuntos políticos como para buscar una compensación a su papel de mujer burlada. El mismo Napoleón daba facilidades a su esposa para que intrigara; como anota un comentarista: "la dejó hacer, pues tenía la conciencia demasiado intranquila referente a su conducta con su mujer, para poder reprenderla absolutamente por nada"<sup>1</sup>. Hidalgo le habló de su patria destrozada y en ruinas por las contiendas civiles, y le dijo que la única solución era llevar a México un rey europeo que salvara a la raza latina y a la cristiandad. Estos dos motivos fundamentales, excelentemente jugados por Hidalgo, impresionaron a la emperatriz, que cobró desde aquel momento particular interés por el asunto, y no sólo prometió hablar de él a Napoleón III sino que escribió a su madre, la condesa de Montijo, que residía en España. La condesa debía ya conocer ciertos pormenores de las intenciones de España, ya que el general Narváez se contaba entre sus admiradores, admiración que se ha dicho llegó, a pesar de los años de la condesa, a uno de esos amores tardíos y quizás por ello mismo más constantes.

Hidalgo dió a la emperatriz el nombre del candidato español, don Juan de Borbón y, probablemente, detalles de la labor realizada en pro del príncipe, ya que unos días después y en una reunión de la corte francesa, Hidalgo era interrogado por el propio Napoleón III (otoño de 1858) sobre lo que ya se llamaba "cuestión mexicana". La conversación tuvo por marco el encantador bosque de Compiègne, histórico por tantos motivos y funesto como un mal hado para Francia. Allí, entre la tranquila quie-

<sup>1</sup> Egon CAESAR CONTE CORTI: *Maximiliano y Carlota*. Fondo de Cultura Económica. México, 1944. Pág. 61.

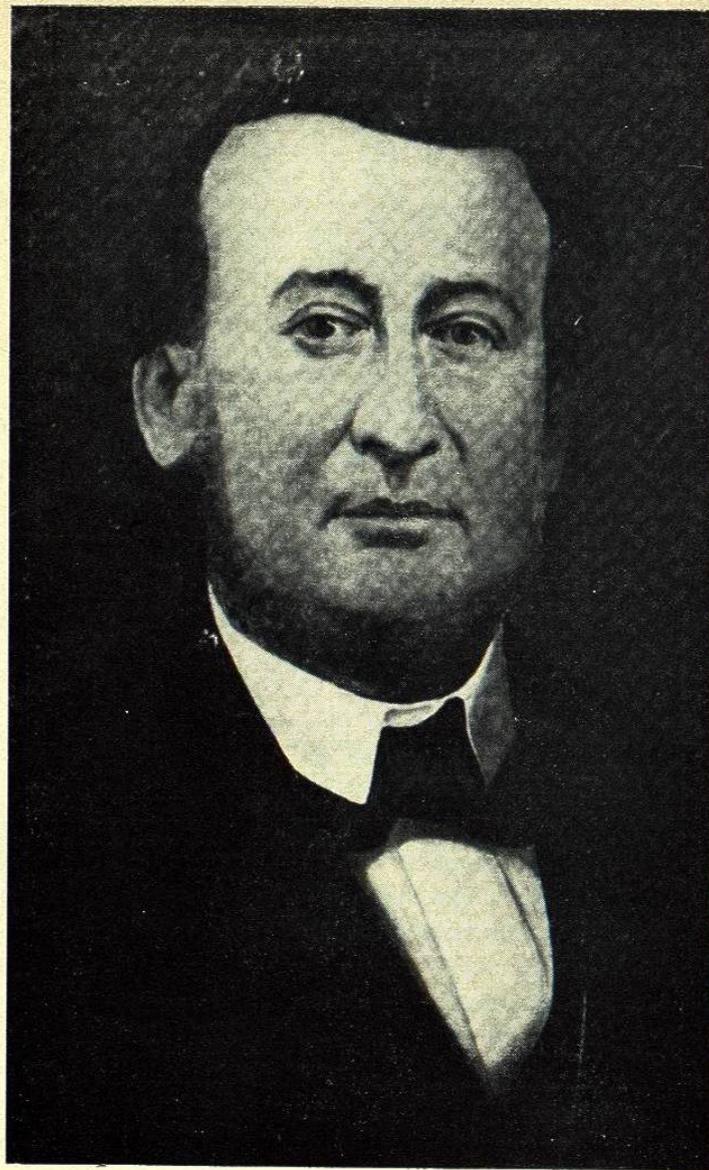
tud del paisaje, se habló de México como de un país próximo, fácil de manejar, dócil a la voluntad de aquellos señores que se recreaban en las fantasías más absurdas.

Hidalgo, que veía al fin un camino seguro, hablaba con excitación, sin mucha coherencia, pero sus palabras tenían un tono de convencimiento que llegaba al alma de Napoleón III, ya predispuesto por su esposa. Al fin el emperador confesó a Hidalgo que ya había hablado del asunto con lord Palmerston y, antes de que Hidalgo saliera de su asombro —nunca hubiera sospechado que su primera conversación con la emperatriz hubiese producido un efecto tan inmediato— Napoleón, dando a sus palabras un alcance de crítica para el proyecto español, que sabía patrocinaba a don Juan de Borbón, añadió:

—Hemos pensado en el duque de Aumale, pero no quiere<sup>1</sup>.

Desde aquel momento estaba decidida la gran aventura francesa en México. Ya no era sólo España, o, para precisar más, la corona española, la que buscaba entre sus príncipes un rey para México: era el Segundo Imperio francés, en las personas de Eugenia y de Napoleón, el que se preocupaba por un asunto que —cosa sorprendente— ni en sí mismo ni en relación con el país había nunca despertado interés en Francia. Quizás no resulte descabellado pensar que Eugenia se entusiasmara en la empresa por odio a Norteamérica, nación que había de destruir, según opinión de Hidalgo, la civilización latina en la América española. Hay que tener presente que Norteamérica había manifestado claramente su disconformidad con el golpe que facilitó a Napoleón III proclamarse emperador y que Eugenia había llegado a afirmar: "Más tarde o más temprano habrá que declarar la guerra a los

<sup>1</sup> Egon CAESAR CONTE CORTI. *Ob. cit.* Pág. 63. El duque de Aumale, hijo del rey Luis Felipe de Orleáns, había sido, como se recordará, uno de los escogidos como posibles esposos de Isabel II.



Manuel Doblado. Autor anónimo.  
(Museo de Historia, México).

Estados Unidos...”, aseveración absurda, incomprensible, pero muy ajustada a la mentalidad europea, que tenía un concepto raro, deformado e injusto de Norteamérica y de América en general. Sobre todo puede apreciarse un desprecio por su poderío, resultado de un erróneo punto de vista español. Años más tarde España no titubeará en hacer la guerra a los Estados Unidos a fin de retener Cuba, y la prensa española desatará una campaña de desprecio para los norteamericanos. La campaña tendrá un fin bien amargo cuando las armas rematen la querrela con la completa derrota de España que ve como se le van de las manos las islas antillanas, último retazo de su antiguo poderío continental.

Pero-¿cómo realizar el plan? Napoleón, más sensato, mejor informado y por lo tanto más cauteloso, no se deja llevar por los entusiasmos de su esposa; sabía, además, que nada podía hacer sin la ayuda inglesa ni sin la aquiescencia de España. Por esto, sin desengañar a Hidalgo, daba largas al asunto prometiendo actuar si llegaba una ocasión propicia.

En 1860 la gran Unión Norteamericana creada en 1776 parecía entrar en una fase crítica que había de limitar su poderío: el 20 de diciembre se declaraba independiente el primer Estado del Sur, al que habían de seguir otros en contra de los del Norte, partidarios de la abolición de la esclavitud. La rivalidad entró en su momento decisivo cuando Abraham Lincoln, elegido presidente de la Unión, decidió emprender la lucha para mantener el poderío y el viejo concepto político. De ahí la guerra. Una guerra desigual: los Estados del Norte disponían de un número mayor de habitantes (veintidós millones por nueve millones aproximadamente), y la misma superioridad se observaba en el aspecto económico y en el militar. A pesar de ello se acudía a las armas y el fanatismo y la tenacidad

de los esclavistas del Sur harían que la contienda se prolongara años.

Era ésta la gran oportunidad para Europa. Estados Unidos con la guerra de Secesión había de olvidar, por el momento, la doctrina de Monroe. España consideró que era la hora de actuar y Francia igualmente. Inglaterra se dejó llevar por sus aliadas y, con el deseo de satisfacer la deuda, tomó contacto con España y Francia. El contacto había de tener por resultado el convenio firmado en Londres el 31 de octubre de 1861, que iniciaba la intervención en México y en la cual Juan Prim y Prats iba a desarrollar la labor más importante de su carrera política.

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente: en mayo de 1860 la emperatriz Eugenia había hablado a Hidalgo de un plan de intervención a base de un ejército que mandaría el general español Elío e impondría, con la ayuda del elemento conservador, al duque de Módena como emperador de México. Lo sorprendente es que el duque, ya muy avanzado el proyecto, aun no había recibido ni la más leve insinuación.

El proceder de Juárez ayudaba a mantener el deseo de intervenir y de imponerse. En España el ansia de hacer algo, de dar la palabra a las armas, se expresaba en la prensa y en las Cámaras, sin recato y, al parecer, sin temor alguno. Después que el representante de España en México, conde de Saligny, abandonó la misión a raíz del acuerdo del Congreso —17 de julio de 1861— sobre la total suspensión de los pagos de préstamos extranjeros, el Imperio se unió al deseo de España. Inglaterra no dejó de protestar, pero consideraba que una ocupación momentánea de algunos puertos de la República bastaría para hacer comprender a los mexicanos la necesidad de una rectificación satisfactoria. En realidad no compartía las esperanzas de muchos españoles y franceses respecto a las probabilidades de victoria de los Estados del Sur sobre los

del Norte en la guerra de Secesión y “no quería meterse en audaces intervenciones en el interior del avispero mexicano”<sup>1</sup>.

El candidato español no aparecía. El mismo embajador del gobierno de Isabel II en Francia había confesado a Hidalgo, con pena y lamentaciones, que la casa real de su país no patrocinaba la candidatura de ningún príncipe de la casa de Borbón.

La emperatriz Eugenia, mentando al azar nombres de miembros de las casas reinantes en Europa, dió con el de Maximiliano de Habsburgo, hermano del emperador de Austria, casado con Carlota, hija del rey de los belgas, figura atrayente, simpática, en relaciones personales con la corte de Francia, y cuya ambición, o por mejor decir, la de su esposa, no había encontrado hasta entonces lugar adecuado. A través de una simple conversación entre Hidalgo, el emperador y su esposa iniciábase la fatal aventura de un príncipe imperial en América.

Una vez lanzado el nombre, las gestiones, las insistencias para aniquilar los reparos de los prudentes, tuvieron la tenacidad necesaria para vencer y convencer. El candidato Maximiliano fué desde aquellos días la figura predestinada; no habrá hombre ni nombre capaz de obscurecerle, ni príncipe que opaque su prestigio de caballero de la gran aventura. Las redes se irán tendiendo en torno de él; nunca podrá desasirse de ellas; tampoco le librarán de la trampa las reflexiones de su hermano el emperador de Austria, ni las ironías de algunos diplomáticos le brindarán fuerza y lucidez para intentar un máximo esfuerzo. Maximiliano de Habsburgo, el segundón de la casa de Austria, será desde entonces un héroe de aventuras. Desde aquella hora empezaba a tejerse una trama que tendrá como desenlace, años más tarde, las

<sup>1</sup> Egon CAESAR CONTE CORTI. *Ob. cit.* Págs. 77-78.

detonaciones del fusilamiento en el Cerro de las Campanas de la ciudad de Querétaro.

España, a pesar de haber dicho que no tenía candidatura, hubiese preferido que los emperadores franceses pensaran en un Borbón. A Inglaterra le era igual un pretendiente que otro; en realidad juzgaba los proyectos absurdos y, a largo plazo, funestos y se limitaba a dejar hacer con una complacencia desconcertante.

## LA INTERVENCION

Las miras de España, Francia e Inglaterra cristalizaron en un pacto celebrado en Londres el 31 de octubre de 1861, pacto curioso en el que, al margen del deseo de intervenir, coincidente en las tres potencias, especialmente entre España y Francia, se aprecian en él simulaciones que, a la larga, habrán de producir desavenencias y justificar la actitud de Juan Prim, representante español en la aventura. "La convención del 31 de octubre —ha escrito Caesar Conte Corti— era elástica como el caucho, un compromiso de criterios contradictorios y podía ser explicada e interpretada a deseo. Mientras que Inglaterra quería mantenerse alejada por completo de los asuntos interiores de México, en Francia se entendía la cláusula referente a la libertad en la elección de la forma de Estado en el sentido que había que impedir a Juárez oprimir a los conservadores y a los monárquicos. Cada una de las potencias tenía una segunda intención, y las palabras fueron tan finamente elegidas, que en la convención se podía leer lo que se quisiese. Esta era la base sobre la cual debía realizarse la acción común"<sup>1</sup>.

Una cosa, no obstante, aparecía clara, precisa, sin que se prestara a interpretaciones distintas: las tres potencias no intentarían inmiscuirse en la forma de gobierno de México ni deseaban expansión territorial alguna. El texto del acuerdo rezaba: "Las altas partes contratantes se obligan a no buscar por sí mismas, en el empleo de las

<sup>1</sup> Ob. cit. Pág. 90.